

Nuria Mas Gorrochategui, *in memoriam*

Se ha ido. Nuria se ha marchado después de una larga pelea contra esa enfermedad que muchos no quieren nombrar: el cáncer.

Cuando me llegó la noticia, se agolparon en mi cabeza imágenes de hace un montón de años. Yo conservo en mi casa una foto de cada una de las hermanas que, en su día, hace más de treinta años, les hizo un amigo fotógrafo. Una morena, Nuria, y una rubia, Amelia. Dos hermosas jóvenes de miradas sugerentes e inteligentes, ambas con un punto de picardía.

Pero las imágenes que me vinieron a la memoria, tan nítidas como si las estuviera viendo ahora, son dos fundamentalmente. Nuria iba en su cochecito de bebé y yo lo empujaba, subiendo la acera de la Plaza del Primo (Primo de Rivera, se entiende, aunque yo pensé durante casi toda mi infancia que debía ser el primo de alguien), en Tetuán. Era la primera vez en mi vida que yo empujaba el cochecito de un bebé y me hacía mucha ilusión. Recuerdo que la barra de empujar me llegaba casi a la altura de los ojos. Aquellos coches eran muy altos y yo tenía la estatura de una niña de once años.

La segunda imagen es de ella propiamente. Tendría unos dos años. Su mamá que siempre las llevaba vestidas con primor, le había hecho una preciosa capotita de croché y sus cabellos de un negro intenso se colaban por los calados. Estaba hecha una verdadera muñeca. Vinieron de visita a casa. La pequeña Nuria se perdió por el largo pasillo de la casa de mi infancia. Como siempre que hay niños y se produce un silencio, uno se teme que están haciendo alguna fechoría. Su mamá preocupada la llamó. Al cabo de unos instantes, Nuria apareció con la capotita en la mano, chorreando 'pis'. Todos reconocimos que no era el modo de recogerlo, pero no cabe duda de que la criatura era muy limpia y aseada y a los dos años es normal que te ocurran esos accidentes.

Luego ha habido otras ocasiones de encuentro, aunque pocas, porque hemos vivido a mucha distancia. Pero sí recuerdo un viaje a Marruecos con mi marido y mi hija que tenía algo más de los dos años y a la que Nuria disfrazó de gato. Mi hija siempre ha recordado esa experiencia, aunque no recuerda gran cosa más de ese viaje.

Como los recuerdos son como las cerezas, unos tiran de otros y me asaltan, pero no los voy a desgranar aquí, sólo diré que cuando hace un año, más o menos, hablé con ella, tuve la impresión de que el tiempo no había pasado. Nuria es de esas personas que te enganchan, que te sitúan, que te hacen presente toda la realidad que has vivido con

ellas y no dejan que el tiempo o la distancia las machaque. De manera que aunque se haya ido, es como si estuviera aquí, quizá más cerca de lo que hemos estado por aquello de estar sometidos al espacio y el tiempo.

Algo parecido me ha ocurrido esta mañana cuando he hablado con Amelia, era como si nunca hubiéramos dejado de charlar. Ojalá que además de avivar la memoria, esta pérdida nos sirva para estar más cerca, aunque sea por estos medios mecánicos. Pero, siempre, siempre, están en mi corazón, junto a otras personas queridas que ya no están, pues no dejan de ser parte de la vida que conocemos y nos hacen ser lo que somos. Sus padres, los míos, otros tíos y primos, muchos de ellos ya idos, pero nunca lejanos. Hay una especie de 'clan Mas' que deja su impronta y todos tenemos un punto de identidad que nos une y nos hace seguir siendo, en presencia o en ausencia, parte de ese clan.

Descanse en paz la dulce niña de los ojos negros, la sonrisa pícaro y la risa contagiosa.